

CAPÍTULO XCVI

LA NOVELA CONTEMPORÁNEA

Los novelistas anteriores al 68, entre los que sobresalió tanto por su ingeniosidad fecundísima don Manuel Fernández y González, propagaron de manera sorprendente el género de la novela en España, al estilo del que predominaba en Francia con las producciones de Dumas (padre), Víctor Hugo y otros escritores de renombre.

Pero ni el método por estos continuadores ó adaptadores de los modelos franceses, ni los admiradores que alcanzaron los novelistas ingleses desde que estuvieron de moda las obras de Walter Scott, satisfacían enteramente los deseos del público, que anhelaba ver cultivada la novela de costumbres españolas.

Iniciaron tales propósitos dos autores que alcanzaron mucha fama en su tiempo: Trueba y Fernán Caballero.

Vizcaíno el primero, dedicado al comercio, escritor por vocación, «su privilegiado talento (dice Valera), guiado y estimulado por las candorosas y nobles pasiones del alma,... bastó, sin cultivo literario, para hacer de él un muy simpático poeta, naturalísimo, espontáneo y todo lo popular que puede ser un poeta lírico en nuestra tierra.» Fernán Caballero era el seudónimo que ocultaba el nombre de la señora doña Cecilia Böhl de Faber, hija del ilustre hispanófilo de tan caro apellido, á cuyas indagaciones



Antonio de Trueba.

mucho debieron las letras patrias. Aunque Trueba se dió á conocer por sus preciosas colecciones de cuentos y doña Cecilia Böhl por muchas de sus novelas, hay que confesar que la moda y el afán de ver en las obras de los dos autores exce-

lencias soberanas en todo, por la tendencia religiosa que en ellas se notaba, exageraron los méritos inventivos y literarios en ambos, sin que por esto dejemos de reconocer las buenas condiciones que demuestran.

De dichos escritores ha hecho un resumen verdadero Valera, en las siguientes líneas:

«Así como Fernán Caballero tiene la gloria de haber hecho resurgir en España la novela de costumbres, cuyo cultivo y cuya producción habían decaído tanto, así Trueba tiene la gloria de haber sido el iniciador del florecimiento de otro linaje de literatura, hoy en auge y de moda: del cuento ó novelita corta. Pero Trueba vence á Caballero, y vence también á muchos de los que han escrito ó escriben cuentos después de él, en ser más español que todos.

Las niñas que nos pinta, como también sus novios y enamorados, tal vez no sean muy conformes con la realidad; pero lo ideal y lo fantástico con que él lo engalana, procede de su propia alma, y no de la lectura de libros franceses, ingleses y alemanes, como tal vez ocurre en algunas novelas de Fernán Caballero, resultando algo de híbrido ó mestizo, á menudo empalagoso y falso.»

Las principales obras de Trueba son: *El libro de los cantares*, *El libro de las montañas*, *Cuentos de color de rosa*, *Cuentos campesinos*, *Leyendas genealógicas* y *Bosquejo de la organización social de Vizcaya*.

Nació Trueba el 24 de Diciembre de 1819.
Murió el 10 de Marzo de 1889.

Las obras más notables de Fernán Caballero son: *La Gaviota*, *La familia Alvareda*, *Clemencia*, *Elia*, *Pobre Dolores*, *Lucas García*, *Justa y Rufina*, *El ex voto*, *Más largo es el tiempo*, etc.

Doña Celia Böhl de Faber falleció en 1877.

Don Pedro Antonio Alarcón. Había nacido este autor en Guadix en 1833. Desde el 54 empezó á darse á conocer como periodista. Estuvo en la guerra de Africa en 1859, y en su *Diario de un testigo* hay hermosas páginas describiéndola. Recorrió después Italia, y compuso un interesante libro de impresiones de viaje. Otro libro más interesante escribió después: su descripción de *La Alpujarra*.

«Mostró, por último,—dice Valera,—el vigor de su fantasía y la gracia y ligera elegancia de su estilo en multitud de artículos de toda laya, desde la más encum-



Fernán Caballero.
Marquesa de Arco Hermoso.

brada política hasta la revista de salones y en no pequeña cantidad de novelas y cuentos, que serán siempre leídos con gusto por cuantas personas le tengan por bueno.

Bien puede decirse que Alarcón comparte con Fernán Caballero la gloria de haber resucitado en nuestro país la novela de costumbres contemporáneas; pero, y perdónenmelo los apasionados de la hija de Böhl de Faber, sin la exótica *sensibilidad* de ésta, con más castiza inspiración, y combinando diestra y primorosamente lo real con lo ideal, lo vivido y observado en el día con no poco de legendario y fantástico, ya cómicamente, ya trágicamente épico. Los dos joyas de Alarcón que me inspiran el anterior elogio son *El sombrero de tres picos* y *El niño de la bola*. El desenfado de su ingenio y las pleguerías y veladuras con que su estilo le envuelve y suaviza, resplandece más que en ninguna otra suya en el atrevido y algo chusco cuentecito de *La comendadora*.

Todo esto y más fué menester, y apenas bastó, para que el público antipoético de entonces leyese, estimase y aplaudiese los versos del autor de *La pródiga*, de *El capitán Veneno* y de *El escándalo*, y le preconizase, no sólo como prosista y novelista, sino como fácil y elegante versificador y poeta.»

Alarcón murió el año de 1891.

Don Juan Valera. Si no fuese este gran escritor tan renombrado como crítico, siendo, indisputablemente, el más famoso que resplandeció en España en todo el siglo pasado, como novelista sería preciso considerarle también cual uno de los primeros.

Las mismas dotes distintivas de su estilo brillan en sus novelas; y, sin embargo, las escenas novelescas que describe llenan de grata delectación el espíritu: de tal modo se compenetran en su inimitable elocución la pureza de lo escogido y la gracia seductora de su manera peculiar de decir. Tiene siempre Valera el don de la oportunidad cuando escribe: siempre emplea la palabra propia, la que, sin duda, debe emplearse, la más natural, la más gráfica, la que mejor expresa la idea, manifiesta el deseo, exterioriza los pensamientos y pone de relieve las profundidades del corazón. Sus novelas están escritas con sentido profundo, psicológico, aunque la forma no lo revele en su apariencia fantaseadora ó amorosa, regocijada y de plácidos tonos siempre, por más que hable de hondos problemas metafísicos ó sociales, velados por la fina sonrisa de su escepticismo.

Pepita Jiménez, Doña Luz, El Comendador Mendoza, Las ilusiones del doctor Faustino, Pasarse de listo, Genio y figura, Juanita la larga, todas las que dejó escritas, merecen ser leídas y estudiadas, ya como cuadros artísticamente interesantes, ya como modelos del puro hablar castellano moderno, sin arcaísmos ni extravagantes atildamientos de frases. Todo natural, todo sencillo, todo bien sentido y expresado. Tienen sus novelas cierto sabor clásico, como de un nuevo clásico y maestro del idioma.

Don José María Pereda. Aquel insigne escritor montañés, que nació en 1834 y murió en 1905, aunque ha dejado justísima nombradía también como novelista, dista mucho de haber logrado la perfección literaria que alcanzó Valera.

Además de sus *Escenas montañesas*, colección de cuadros en que describe con sencillez inimitable cuanto material é intelectualmente afecta á su adorada Montaña, dedicó su castiza y excelente pluma á presentar en hermosas novelas la vida, en todas sus esferas y aspectos, de aquella tierra que era para él el paraíso de su privilegiado espíritu, la alegría de su corazón, el *non plus ultra* de sus ambiciones en la vida.

Don Gonzálo González de la Gonzalera, *Sotileza*, *El sabor de la tierruca*, *La puchera*, *Peñas arriba*, y otras muchas, bastan para demostrar su talento, sus grandes aptitudes y sus indisputables méritos, como inventor, estilista y pintor inimitable de las costumbres de su región.



José M.ª Pereda.

El Padre don Luis Coloma. Los jesuitas tienen fama de escoger á cada uno para su menester y oficio; pero casi siempre se equivocan, como á todos los humanos nos suele pasar. Un caso práctico, harto lamentable, tenemos patente en el ruidoso del Padre Coloma, natural de Jerez (Cádiz). Había nacido en 1851. Empezó á estudiar la carrera de marino; pero la abandonó para hacerse jesuita. De sus disposiciones como muchacho galanteador y de mundo, dedujeron sus espirituales hermanos que el joven sería un notable novelista, predicción que ha resultado por completo fallida.

Su libro *Pequeñeces*, es obra de brocha gorda, más bien sátira virulenta contra personas que obra de verdadero mérito artístico y literario. Bien demostrado quedó así en aquella popular discusión que se llevó á cabo en la prensa española al aparecer la tan cacareada novela.

Uno de los libritos de crítica más amenos que con tal motivo se publicaron, fué el que



El Padre Luis Coloma.

escribió don Juan Valera, titulado *Currita Albornoz al Padre Luis Coloma*.

«Si *Pequeñeces*, me digo, fuera la obra de un literato lego, todos acaso nos hubiéramos divertido leyéndola; pero nadie ó casi nadie hubiera hablado ni escrito sobre lo *tendencioso é intencionado* como se dice ahora, de la tal novela. A lo más que la censura hubiera llegado habría sido á condenar algunos pormenores; v. g.: se hubiera dicho que una señorita recién salida del colegio y un cabaillerete podrán, acaso, en la soledad y á furto de sus padres, hacer cualquier niñería, pues son de carne y hueso como cada hijo de vecino, plebeyo ó noble, rico ó descamisado; pero, en pleno salón, en presencia de muchas personas, fumar el mismo cigarro, chupando en él alternativamente, lo que es yo no lo vi jamás. Sólo he oído contar, quién sabe si por chiste, que eso se hace en presidio, cuando los presidiarios no tienen más que un cigarro y quieren fumar todos.

Pero, en fin, repito, que, prescindiendo de estas menudencias ó pequeñeces, que en *Pequeñeces* pudieran tildarse, nadie se hubiera calentado la cabeza tratando de descubrir las tendencias y los fines, si no hubiera pertenecido el autor á una asociación poderosa é influyente, donde supone el vulgo que nadie publica obras sin consentimiento superior, y donde no cree que se hace cosa alguna sin propósitos maquiavélicos de puro profundos y solapados. El vulgo, sobre todo el liberalesco, arma acerca de los jesuitas un caramillo semejante al que arma usted acerca de los masones...

Otros van más allá. «Estamos, exclaman, á *finis de siglo*. El mundo se agita tratando de resolver terribles problemas sociales.» ¿No querrán los padres presentar en la novelita datos para la resolución de los problemas? La aristocracia que nos pintan, no es una casta aislada, no es algo de cerrado, si vale expresarse de esta suerte, sino que, salvo aquellos pocos, cada día menos desde que no hay vinculaciones, que heredaron la posición y la riqueza, es la reunión de cuantos las han adquirido en la industria, en el comercio, en la política ó cultivando algún arte, oficio ó ramo del saber.

¿Se puede concebir que la aristocracia madrileña (suponiendo que se le debe aplicar este nombre de aristocracia), sea más que el conjunto de comerciantes, banqueros, propietarios, abogados, altos funcionarios, artistas, sabios, literatos, políticos, etc., que entre sus conciudadanos sobresalen y se hacen más ricos y notables, por habilidad, actividad y ventura? ¿No se recluta esta gente en todas las provincias y en todos los escalones del orden social? Pues si esta gente es una podredumbre, el orden social, por cuya virtud esta podredumbre sube como la nata, la flor ó la espuma, es, á no dudarlo, lo que debe estar podrido. A esto respondo yo que no hay premeditación, ni en Vd., ni en ningún otro Padre, sobre asunto tan trascendente; que todo es pura retórica; que Vd. no se mete en condenar este orden social, que parece el equilibrio entre el progreso y la *conservaduría*, lo tradicional y lo nuevo, la autoridad y la libertad; que por odio á la evolución no amenaza Vd. con revolución; y que, al ver lo corrompido de nuestra época, no sueña Vd. apocalípticamente, como Donoso, que las muchedumbres van

á derramarse por esas calles, pidiendo, resueltamente, á Barrabás ó á Jesús, y volcando en el polvo las cátedras de los sofistas, y todos los lujosos muebles y lindos chirimbolos de los salones. A mi no me cabe duda que hay mucha retórica y mucha moda en el pesimismo de Vd.»

Y censurando la manía del jesuita de involucrar con la novela los sermones, sin calcular bien lo que cabe en la novela y no en el sermón, y lo que cabe en el sermón y no en la novela, pone Valera las siguientes discretas palabras en boca de Currita Albornoz, para decir al padre desorientado algunas verdades:

«Me valdré de un ejemplo. Pone el P. Claret, en *La llave de oro*, diez y ocho maneras diferentes que tienen las mujeres de cometer cierto pecado, y explica las diez y ocho maneras, pero con seca brevedad y en latín, que, macarrónico y todo, no entendemos los más. Su libro, por otra parte, no es recreativo, ni para pasto de jovencitas, sino para clérigos machuchos y curados de espanto, que han de sentarse en el tribunal de la penitencia. Censurar al Padre Claret sería tan injusto como si censurásemos á un autor de Derecho penal, porque enumera y describe todos los delitos. Lo que sí sería censurable, sería que un novelista naturalista escribiese diez y ocho novelas, una para cada manera, describiéndolas todas con detención y sin perdonar requisito ni tilde. Digo esto, para suplicar á Vd. que huya como de la peste de ese naturalismo que se deleita en pintar lo peor, aunque sea para hacerlo más odioso. Yo me declaro humildemente gran pecadora; pero aseguro á Vd., con toda sinceridad, que por las novelas naturalistas han llegado á mi conocimiento horrendos pecados, que ni siquiera sospechaba yo que existiesen; y aun pongo en duda que la naturaleza humana sea capaz de cometerlos, sin el auxilio preternatural y sin la colaboración solícita del mismísimo demonio.»



Emilia Pardo Bazán.

La parte literaria de la obra de Coloma es pobrísima. El docto crítico don Emilio Bobadilla ha dicho, con mucha razón, lo siguiente:

«El P. Coloma no es estilista como Valera; escribe á la pata la llana, sin curarse poco ni mucho de castigar su estilo. En Balzac se disculpa el desaliño que campea en sus obras, en gracia de que Balzac escribía al vuelo y mucho, para pagar sus deudas, sin tiempo de andarse con exquisitismos retóricos.

Pero en el P. Coloma, que, como buen jesuita, se dará una vida á lo canónico, no hay excusa que atenúe sus incorrecciones. Hay pasajes en su novela que de

nuncian el cansancio de su pensamiento, mal obedecido por la pluma; párrafos que son un laberinto de confusiones, debidas á la falta de concordancia, llenos de repeticiones atentatorias al ritmo, de ripios, de gerundios, *ora en ando, ora en endo*, de *les* en acusativo y dativo, sin distinción de géneros.»

Doña Emilia Pardo de Bazán. No sólo ilustre novelista española, sino renombrada polígrafa es esta célebre literata, que nació en la Coruña en 1851. Sus trabajos críticos é históricos son muy notables y se distinguen por la rectitud de los juicios y profundidad de las observaciones. Acerca de Feijóo, de San Francisco de Asis, de Dante y del Tasso, de Milton y de Cervantes, y de otros grandes personajes ha escrito magníficas páginas, llenas de vida y colorido. Iguales atractivos ofrecen sus trabajos acerca del *Darvinismo*, de *La Revolución* y *La novela en Rusia*, sus libros de viaje y su *Teatro crítico*, donde ha dejado una labor de investigación y análisis, las más de las veces hecha con felicidad y acierto.

Son interesantes todas sus novelas como obras de arte consideradas, predominando en ellas un realismo franco y sano, que más ó menos está aplicado en la exposición de casi todos sus libros de imaginación. *Pascual López*, *Un viaje de novios*, *La tribuna*, *Los pazos de Ulloa*, *La madre naturaleza*, *Insolación*, *La piedra angular*, *La quimera*, y otras, sin contar infinidad de cuentos, dan aproximada idea de la producción intelectual de esta dama, digna de la fama de que disfruta, aunque es más partidaria de los tiempos muertos que de los adelantos de la civilización, con cierto eclecticismo atrayente.



Jacinto Octavio Picón.

Don Antonio Palacio Valdés. También es novelista fecundo y de mérito Palacio Valdés. Nació en Entralgo (Asturias), el año de 1853. El número de sus obras es grande y de mucha variedad. No se ha limitado á la descripción determinada de su país natal, sino que ofrece las escenas de sus libros

en diversas regiones españolas, comunicando esto novedad y sumo interés á sus relatos. El mismo ha dicho que no es optimista ni pesimista; que sólo es realista. Pero este exclusivismo sería impropio aplicarlo á todas sus obras, en que se notan diferencias notables.

Desde 1881 hasta 1906 ha publicado el señor Palacio Valdés las siguientes novelas: *El señorito Octavio*, *Marta y María*, *El idilio de un enfermo*, *El cuarto poder*, *La hermana Sor Sulpicio*, *La espuma*, *La fe*, *El maestrante*, *El origen del*

pensamiento, Los majos de Cádiz, La alegría del capitán Ribot, La aldea perdida, Tristán ó el pesimismo, y otras que no recordamos. Su espíritu observador, la fidelidad en describir, la pintura de los caracteres, la independencia de criterio del autor, el tacto con que sabe tratar todas las materias, le han granjeado muchas simpatías en infinitos lectores.

Don Jacinto Octavio Picón. Este escritor, tan apreciado como crítico de artes y literatura, uno de los periodistas más cultos de España, ha alcanzado también justo renombre como novelista de alto prestigio. La novela de costumbres contemporáneas, presentada con amplio espíritu de observación y enérgicas resoluciones de independencia en el sentir, ha sido cultivada por Picón con éxito. Sus obras *Juan vulgar, La hijastra del amor, La honrada, El enemigo, Dulce y sabrosa,* son dignas de aprecio.

Jacinto Octavio Picón es un escritor muy distinguido, que hace algunos años ingresó en la Academia Española.

También pertenece á dicha Corporación el ilustre periodista y autor de muy notables novelas don José Ortega Munilla, que tan continua labor literaria ha dejado desde hace muchísimos años en las «Hojas literarias» de *El Imparcial*. Sus novelas *La Cigarra, Sor Lucila, El tren directo, Don Juan Soto, Cleopatra Pérez,* y otras, recordarán siempre su espontaneidad, su destreza descriptiva y su exquisito mérito literario.



El Marqués de Figueroa.

Trabajó mucho como novelista don Leopoldo Alas (Clarín); pero, si como crítico se hizo célebre por su modo de censurar, como cuentista y novelista no llegó á donde esperaban sus admiradores. Su *Regenta* y su *Unico hijo* fueron muy discutidos en la prensa.

Tampoco ha podido descollar como notable novelista el Marqués de Figueroa, autor de varias obras, con pretensiones de pintar las costumbres de los aristócratas. *La Vizcondesa de Armas* es la que más se aplaude.

Don Carlos Frontaura merece con justicia ser recordado como novelista fidelísimo de costumbres. Su *Galería de matrimonios* se celebrará siempre, y tantos libros más, llenos de oportunidad y gracia.

Deben ser citados también Luis Alfonso, por sus *Historias cortesanas*; Juan Ochoa, autor de *Un alma de Dios, Los señores de Hermida,* etc.; Federico Urrecha,

Después del combate; José Navarrete, *María de los Angeles, Niza y Rota*; Eusebio Blasco, por sus *Cuentos aragoneses*; Miguel Unamuno, por sus trabajos descriptivos sobre Vizcaya; Polo Peirolón, por *Costumbres populares de la sierra de Albarracín*; Ricardo Macías Picavea, por su obra *Tierra de campos*; León y Domínguez, por sus *Leyendas históricas gaditanas*; Doña Blanca de los Ríos de Lampérez, por sus obras *Sangre española, La Rondeña y El Salvador*, sin contar sus notables estudios críticos acerca de Tirso de Molina, Cervantes, etc.; don Francisco Flores García, por sus *cuentos, novelas, retratos y cuadros de costumbres*; Arturo Rey,

autor del *Lagar de la Viñuela* y *Cartucherita*, y Salvador Rueda, de quien ya hemos hablado como poeta, y de quien diremos que es un colorista inagotable describiendo costumbres andaluzas. Rueda nació en Benaque (Málaga), el 3 de Diciembre de 1857.



Francisco Flores García.

El más joven de los novelistas españoles famosos es actualmente el valenciano don Vicente Blasco Ibáñez, que nació en 1867. Escribe el castellano con gran facilidad y belleza de forma, pintando y sintiendo con profundidad y colorido, que comunica la emoción estética con soberana intensidad. Sin contar sus antiguas novelas, las modernas, que constituyen su mejor labor, han sido recibidas con creciente aplauso, consiguiendo muchas la distinción de ser traducidas, y obtenido su nombre una celebri-

dad extraordinaria en toda España y en la América latina.

Sus obras son muy estimadas y citaremos las más conocidas: *Arroz y tartana, Flor de Mayo, La barraca, Sónnica la cortesana, Entre naranjos, Cañas y barro.*

Sus últimas novelas son de asuntos sociales magníficamente expuestos. Todas interesan con hermosura artística.

La catedral, se publicó en 1903; *El intruso*, en 1904; *La bodega*, en 1905; *La horda*, en 1905; *La maja desnuda*, en 1906.

Blasco Ibáñez ha escrito además obras históricas; entre ellas está editando ahora una *Historia Universal* con arreglo á los más comprobados descubrimientos científicos.

Blasco Ibáñez es gran periodista y orador.

Entre los contemporáneos que se distinguen en el género novelesco hemos de citar á los que juzgamos con más títulos para ello.

Pío Baroja es el primero por el número de composiciones que ha dado al público con beneplácito de la opinión.

«Vidas sombrías», «Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox», «Camino de perfección» (pasión mística), «El mayorazgo de Labraz», «La busca», «Mala hierba», «Aurora roja», «La feria de los discretos», «El tablado de Arlequín».

Ramón del Valle Inclán: «Sonata de primavera», «Sonata de estío», «Sonata de otoño», «Sonata de invierno», «Flor de Santidad», «Corte de amor», «Epitalamio, historia de amor», «Jardín novelesco», «Jardín umbrío».

Francisco Acebal. Novelas que recordamos de este distinguido escritor: «Huella de almas», «Dolorosa», «El calvario».

Gregorio Martínez Sierra: «Almas ausentes», «Horas de sol», «La humilde verdad», «Sol de la tarde», «Diálogos fantásticos».

M. Martínez Barrionuevo. Más de 30 novelas lleva ya publicadas este autor.

F. Trigo: «Alma en los labios», «La sed del amor», «Las ingenuas».

Antonio Hoyos: «Cuestión de ambiente», con prólogo de la señora Pardo Bazán, «Mors in vita», «Frivolidad».

Alfonso Danvila: «Lully Arjona», «La conquista de la elegancia», «Novelas cortas», «Cuentos de infantas».

M. López Roberts: «Las de García Friz», «La cantora», «La familia de Hita», «La novela de Lino Arnaiz», «El porvenir de Paco Tudela».

M. Ciges Aparicio. Los libros de este escritor tienen el fin de presentar cuadros palpitantes de la vida social española, como parece indicar el título de cada uno: «Del Hospital», el libro de la vida doliente; «Del cautiverio», el libro de la vida trágica; «Del cuartel y de la guerra», el libro de las crueldades; «Del periódico y de la política», el libro de la decadencia.

El Bachiller A. de San Martín: «La hostería de Cantillana», novela del tiempo de Felipe IV.

D. R. López del Arco: «Sor María de las Nieves», «El cáncer social», y otras.

D. J. G. López Valdemoro (Conde de las Navas): «Un infeliz», «La docena del fraile, doce cuentos y una historia que lo parece», con un prólogo de D. C. Frontaura; «El procurador Yerbabuena», «Retama», «Chavala», «La niña Araceli».

D. Juan Muñoz y Pabón: «Amor postal», «Paco Góngora», «Javier de Miranda», «El buen paño», «Justa y Rufina».



Pío Baroja.

Y otros muchos, cuyas obras no hemos podido leer, pues la novela en todas sus formas sigue siendo cultivada ahora con preferencia á todos los géneros literarios.

Hemos de dedicar los últimos párrafos de este capítulo, como puesto de honor, debido á sus altos merecimientos, al príncipe de los novelistas coetáneos, al primero de los novelistas nacionales: don Benito Pérez Galdós, uno de los maestros de la novela contemporánea en Europa, como le llama Ernesto Mérimée. Es Galdós tan profundo en la producción como excelso artista en la elegancia y belleza de la forma.

La gran popularidad de que disfruta Galdós en toda España, consiste en haber sabido adaptar á un plan, creado por su mente, alentado y vivificado por su propio buen gusto, toda la historia nacional del siglo pasado, captándose cada día mayores admiraciones por el estudio, la penetración, la inteligencia, el acierto y la felicidad con que ha sabido llevar á cabo la obra.

Labor ciertamente de patriotismo y popularidad; pues, al novelar todos los períodos y fases de la política española, desde los tiempos de Carlos IV y Godoy hasta la Revolución de Septiembre, ha creado una gran obra literaria, difundiendo en todas las clases enseñanzas que de otra manera desconocerían, y haciendo llegar al ánimo del pueblo la conciencia de los defectos de la reacción y las ventajas aportadas por las ideas progresivas á naciones tan desgraciadas como la nuestra.

Sin deliberado fin docente, su pluma ha pintado la realidad ante las muchedumbres, y éstas se han identificado con el espíritu del autor, noble, recto, justiciero, que se ha granjeado su cariño con la hermosura del sentimiento estético y producido en sus corazones sanas corrientes de simpático afecto. Ha sido por virtud de su mismo método artístico, el principal educador en la verdad y en la libertad que han tenido las clases sociales en España. ¡Qué gloria tan inmortal la suya!

Más de cien tomos deja escritos, que serán siempre un legado soberano de incomparable perfección y alto renombre para la literatura española en el siglo XIX.

Además de los «Episodios nacionales», hay que recordar las obras tituladas «Doña Perfecta», «Gloria», «La familia de León Roch», tan profundas y verdaderas, y las que se nombran «El amigo Manso», «Tormento», «Angel Guerra», «Fortunata y Jacinta», «Realidad», «Torquemada en la hoguera», «Torquemada en la cruz», «Torquemada en el Purgatorio», «Torquemada y San Pedro», «Nazarín», etc.

«Casandra» es una novela en cinco jornadas, de singular trascendencia, como «Realidad» y «El abuelo».

Ha escrito también Galdós para el teatro, demostrando gran maestría y produciendo sensación y aplausos sus obras.

Recordamos las siguientes: «Realidad», «La loca de la casa», «La de San Quintín», «Los condenados», «Voluntad», «Doña Perfecta», «La fiera», «Electra», «Alma y vida», «Bárbara», «Mariucha».

Nació Galdós en Canarias el año de 1845.

Es académico de la Española.

Y una de las primeras glorias intelectuales de la Nación.
